



CAPITULO VII

LOS PUEBLOS DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA RELIGIÓN Y DE LA IGLESIA

La Iglesia católica: el Mediodía.—El Occidente.—Alemania.—Disputa acerca de los matrimonios mixtos.—El catolicismo alemán.
—La Iglesia protestante.—Tendencias religiosas.—Federico Guillermo IV.—Los amigos de la luz.—La unión Gustavo Adolfo.
—La Iglesia anglicana.—El Calvinismo en Escocia y en el país de Vaud.



AS restricciones opuestas á la libertad política, llevaron á los espíritus inquietos á las cuestiones religiosas. En la Iglesia católica la autoridad, que no había podido quebrantar ataque alguno, y el espíritu tradicional de inmovilidad, oponían diques á las audaces tentativas de innovaciones; pero la resistencia del catolicismo a todas las reformas oportunas, su afección y su indulgencia por las supersticiones de la Edad media y su oposición á todas las conquistas de la Revolución y del libre examen, le alienó los hombres ilustrados y provocó hasta una tendencia liberal en una parte del clero, mientras que sus partidarios absolutos, designados bajo los nombres de papistas y de ultramontanos, defendían tanto más enérgicamente la teoría del pasado con su sensualismo, su intolerancia y su fanatismo, pretendiendo someter la razón á la fe, no viendo más salvación que en una ciega obediencia á las sentencias de la curia.

Ese catolicismo ultramontano se produjo de la manera más pacífica en Italia, en donde la constitución sensual del culto de los santos, parece res-

ponder á una necesidad, en donde las iluminaciones, los cohetes y los cañonazos forman parte del culto, como los milagros repetidos, cada año, contribuyen á la alegría de las fiestas patronales, en donde el clero en su ocupada ociosidad, no es más que la cúspide de la vida popular. Los mismos esfuerzos de los patriotas liberales y de «la Joven Italia,» para arrancar al pueblo á la enervante superstición, y despertar en él sentimientos de independencia, no ejercieron grande influencia. Solo en los últimos tiempos las ideas liberales consiguieron poder difundirse en Italia.

La tendencia anti-católica ha ganado recientemente algún terreno en Italia, ora debido á una activa propaganda extranjera,—las sectas inglesas,—ora por las tentativas de organización de un protestantismo de una forma particular y nacional (Mazaulla, de Sanctis). Pero cuando después del aplastamiento de la revolución fueron igualmente reprimidas las nuevas tendencias religiosas, cuando en Florencia los esposos Madiani, por haber difundido la Biblia y haber así contribuido á propagar el protestantismo, fueron condenados á varios años de

cárcel, se elevó en la Europa protestante, y sobre todo en Inglaterra, un grito de indignación, tanto que el Gran Duque, después de haber resistido durante mucho tiempo á la opinión pública apoyándose en la independencia de la justicia y sobre su deber de proteger la religión del Estado, encontró prudente desembarazarse de sus desgraciados prisioneros y los desterró de su patria,—1853.

No tuvo el mismo éxito la opinión pública en Roma, cuando se difundió la noticia de que el joven israelita Mortara había sido arrancado á sus padres por el clero católico, porque en su juventud había recibido de su enfermero durante una enfermedad, el bautismo *in extremis*, perteneciendo por ese sacramento, por consiguiente á la Iglesia cristiana.—«El niño Mortara ha predicado este invierno de 1890 en Barcelona: pertenece á la orden de los Jesuitas; y al corregir estas líneas se encuentra en Galicia.»

En España y Portugal, el catolicismo romano era igualmente la religión popular de las clases inferiores; pero en medio de los partidos políticos y de las «fiestas de la inquisición,» revestía un carácter sombrío y apasionado.

Como el trono apostólico de Fernando VII y el poder ilimitado de don Miguel en Portugal se apoyaban sobre todo en el clero, en la inquisición y en los jesuitas, el derribo de los gobiernos absolutos por la constitución liberal de las Cortes operó un cambio considerable en la situación de la Iglesia.

En el momento mismo en que España, el débil y supersticioso don Carlos se aliaba con los frailes y los curas, y luchaba por la posesión del trono, y cuando sus adversarios, Cristina y su hija Isabel, se volvían del lado de los liberales, y por la convocación de las Cortes, procuraban encontrar un punto de apoyo en la nación, el pueblo se vengó de su larga esclavitud con la destrucción de un gran número de conventos y el asesinato de muchos frailes, excitado por el rumor de que eran los frailes quienes causaban el cólera envenenando las aguas,—1835-37.

Irritadas por la oposición del clero á la transformación democrática de la organización de España, las Cortes procedieron, en fin, á medidas análogas á las que había tomado en otros tiempos la Asamblea nacional de París durante el período revolucionario; confiscaron todos los conventos, de los cuales vendieron todos los objetos sagrados, para subvenir á las necesidades del Estado y cubrir los gastos de la guerra; abolieron los diezmos y declararon que los

bienes de la Iglesia eran propiedad de la nación: la Inquisición y los jesuitas fueron suprimidos.

En vano el Papa protestó de la validez de esas medidas espoliadoras,—1840,—Espantero, aclamado regente en recompensa de su victoria sobre don Carlos, hizo acompañar al Nuncio al otro lado de la frontera, amenazó con abolir la jurisdicción papal en España, y puso en interdicto y desterró á cuantos curas obedecieran á su jefe espiritual. Pero este rigor con la Iglesia humillada, por la cual el Papa ordenaba rogativas, contribuyó á la caída del regente. La joven reina Isabel y su madre adictas á la Santa Silla, consiguieron al fin una reconciliación. Los sacerdotes expulsados regresaron á España y se suspendió la venta de los bienes de la Iglesia. Reconcilióse el Santo Padre también con la reina María de Portugal; pero las riquezas de la Iglesia y la preponderancia del clero disminuyeron de una manera sensible en la península ibérica. Persecuciones contra los descreídos no por esto dejaron de producirse hasta hacer inevitable la intervención de Europa indignada para poner á ellas término, como en el asunto de Matamoros.

Operóse en Francia un cambio súbito tanto en el orden político como en el religioso, á consecuencia de la Revolución de Julio, que fué dirigida tanto contra el poder del clero legitimista, siempre en aumento, gracias á la familia real demasiado devota, como contra la política reaccionaria de un monarca ávido de poder absoluto.

Una monarquía burguesa reemplazaba la monarquía de derecho divino. Los jesuitas y los trapistas escapaban; el palacio arzobispal y algunas iglesias de París que servían á fines políticos fueron asaltadas, las cruces desaparecieron de los monumentos lo mismo que las flores de lis, el sueldo de los prelados se redujo; y la religión católica perdió su privilegio de religión del Estado.

Pero Luis Felipe procuró por medio de concesiones reconciliar el clero con el trono de Julio, haciéndole favorable para la dinastía, y no pasó mucho tiempo sin que los jesuitas regresaran á Francia bajo pseudónimos y fundasen nuevas casas de educación; al cabo de una decena de años, el clero se sintió de tal modo seguro de su potencia, que reclamó enérgicamente la libertad de enseñanza y la independencia de las escuelas de la autoridad de la Universidad de París, con la esperanza de hacerse dueño de la educación de la juventud. Pero tal vez no había apreciado en su justo valor la importancia de la tendencia anticlerical. Pues si Lamennais, que falleció en 27 de Febrero de 1854, antes el

campeón de la necesidad absoluta, de una Iglesia infalible contra el delirio de la razón individual, luego el desgraciado defensor de una alianza imposible entre el libre pensamiento y la infalibilidad de la Iglesia, acabó por señalar en las *Palabras de un creyente* el lado democrático del Evangelio, para anunciar, presagiando una enorme revolución, la caída de la monarquía y la igualdad universal de los hijos de Dios: si ese hombre de una naturaleza piadosa, heroica, grande hasta en sus errores, aunque rechazado por el Papa, condenado por los tribunales, continuó siendo en Francia una potencia; esto era el signo de que una gran parte de la nación no tenía ya cohesión alguna íntima con la Iglesia romana.

Determinó esta convicción al abate Chatel á fundar una Iglesia católica francesa en el sentido del liberalismo radical, independiente de Roma; pero aun cuando de momento logró reunir algunos municipios, no tardó en vegetar penosamente hasta ser suprimida por la policía, en 1842.

Luego el gobierno de Julio se fué cada vez más mostrándose favorable al clero, permitió la fundación de casas de jesuitas y de conventos; pero la oposición, lo mismo la liberal que la republicana, se mostró hostil á la Iglesia.

En tanto sabios notables y escritores de talento como el historiador Michelet y el filósofo poeta Quinet, combatían al jesuitismo y á la teocracia, y, con auxilio del hombre de Estado liberal, Thiers, obtenían por lo menos la supresión aparente de los establecimientos de jesuitas, la literatura republicana tomaba un carácter disolvente y procuraba reemplazar la unión del Estado y de la Iglesia por medio de asociaciones artificiales en busca de fines sociales.

En Bélgica el clero ultramontano había hecho causa común con los liberales contra el gobierno holandés que expulsaba los jesuitas, y neutralizaba el fanatismo por medio de una ilustrada educación, produciendo igualmente la separación de los dos reinos. Los liberales no tardaron en apercibirse de cuán peligrosos eran sus aliados, cuando el clero aprovechó la libertad de enseñanza para dirigir conforme sus principios la dirección de la juventud difundiendo así su espíritu á las generaciones futuras; cuando los obispos abusaron de su autoridad para excluir á los sacerdotes tolerantes de los empleos eclesiásticos y rehusar la absolución á los liberales ilustrados, designados como masones. Para oponer un contrapeso á la universidad católica de Louvain los liberales fundaron á sus expensas la

universidad libre de Bruselas. Pero aun cuando el rey fuera protestante y á pesar de las libres instituciones del país, el partido clerical conservó durante mucho tiempo su preeminencia, y los mejores ministros, aun esto recientemente, si obraban en contra de los intereses del clero, no podían mantenerse sino á condición de luchar sin descanso, con una mayoría siempre equívoca en la Cámara.

En Irlanda, un pueblo desesperado á causa de la dureza de Inglaterra y por su propia pereza se encontraba cada invierno expuesto á perecer de hambre, no siendo en su propio país más que un realquilado de una aristocracia extranjera, reclamaba con amenazas un alivio á su miseria por medio de reformas religiosas y políticas.

O'Connel «el grande agitador,» de acuerdo con el clero, tenía á la población católica en un grado de sobreexcitación constante, para dar importancia á sus reclamaciones por medio de la amenaza de la revocación de la acta de la Unión,—*repeal*,—mientras que el dominicano Mathew, que falleció en el año 1856, se esforzaba, por medio de una sociedad de templanza,—*teetotallers*,—á difundir la sobriedad y á engendrar una moralidad basada en el respeto de sí mismo.

Pero á pesar de todos los esfuerzos que hicieron los whigs en el ministerio para reproducir una reforma de la situación de la Iglesia de Irlanda, no pudieron obtener más que una transformación del diezmo en impuesto territorial moderado: de modo que toda otra proposición, por moderada que fuera, vino á estrellarse en el santo celo de los anglicanos de la corte.

Para apaciguar la Irlanda, el ministerio Peel introdujo un bill,—1845,—que permitía á la Iglesia católica, exceptuadas empero las órdenes religiosas, adquirir propiedades bajo su propio nombre, y obtener una dotación para el seminario católico de Maynooth, cuando ya las escuelas populares, que procuraban escapar á la distinción de cultos, se habían erigido con el concurso del gobierno.

En Alemania produjéronse las luchas religiosas más vivas, ora á causa de la predilección del pueblo por las especulaciones filosóficas, ora á causa de la falta de una vida política larga y libre.

Tenía el partido ultramontano su asiento principal en Baviera, y sus puntos de apoyo estaban en Viena y á orillas del Rhin; y sintiendo bien que el espíritu del tiempo le era mortal, hacía la guerra á toda libertad intelectual.

Como antídoto contra la sed de luz de los liberales, mantenían los ultramontanos en el pueblo el

oscurantismo, la superstición y el amor de los milagros fantásticos; oponían á la filosofía audaz y disolvente de las jóvenes generaciones la credulidad de la Edad media, realzada por la poesía y el arte, y para hacer bien resaltar la unidad católica en presencia de la diversidad protestante, rechazaron toda reforma, toda innovación, toda modificación del Concilio de Trento.

Las tentativas retrógradas y jesuíticas de ese partido, cuyo jefe era el enérgico y fantástico Goerres, profesor de Munich,—1776-1848,—que había pasado de la oposición liberal al absolutismo papal, encontraban un gran número de contradictores en

el seno mismo de la Iglesia católica. Muchos eclesiásticos que habían aprendido la tolerancia en su comercio con los protestantes, de modo que se habían desembarazado de muchos prejuicios frecuentando las universidades mixtas, reclamaban la celebración de sínodos nacionales para operar reformas en armonía con las necesidades del tiempo, combatiendo el voto contra la naturaleza del celibato, reclamando además un culto análogo al protestantismo, con autorización para emplear la lengua del país en el servicio divino, la comunicación de la Biblia á los fieles, la extirpación de la falsa devoción por medio de una educación más liberal, etc.



Dibujo de Schnorr

En la parte Sud del gran ducado de Baden, encontró esta tendencia muchos partidarios, y como se atribuyó este resultado á la actividad del barón de Wessenberg,—1774-1860,—la administración episcopal de Constanza consiguió expulsarlo de la ciudad; lo que prueba que no hay mérito bastante grande para la Iglesia que pueda encontrar gracia en Roma para una manera de pensar digna de un hombre libre y de un alemán.

Hermes, que falleció en 1831 en Born, procuró fortificar el catolicismo, estableciendo por medios filosóficos, un culto de la razón que debía servir para consolidar el dogma de la revelación. Adoptóse su sistema en las instituciones de las provincias del Rin, pero sus adversarios obtuvieron en Roma un breve que condenó sus escritos á su fallecimiento. En vano sus discípulos se esforzaron en convencer al Santo Padre de la ortodoxia de su maestro, y sostuvieron que el examen de sus escritos se había hecho sin conciencia y sin ningún conocimiento de la lengua y de la ciencia alemanas, se mantuvo la

sentencia, y el arzobispo de Colonia hizo prohibir en el confesional la asistencia á las conferencias de los Hermesianos. Algunos años más tarde, los dos Hermesianos,—1844,—más exaltados, fueron privados de sus funciones académicas.

A. Gunther, que falleció en 1863, el sacerdote cosmopolita de Viena, tuvo la misma suerte que Hermes por haber hecho tentativas análogas.

Condenóse al mismo tiempo la doctrina del todo opuesta del francés Luis Bautain, que pretendía que la Iglesia católica no tenía necesidad ni era capaz de recibir apoyo alguno originario de la razón.

En Ratisbona, Ingolstadt y en otras ciudades de Baviera, el piadoso Sailer,—muerto en 1832,—ejerció durante mucho tiempo una gran influencia, tanto, que aún no ha desaparecido del todo. En otro tiempo reuníase á su alrededor un círculo de jóvenes para quienes era el cristianismo la redención y la religión una vida de generosos sentimientos.

La disputa respecto de los matrimonios mixtos fué una nueva manzana de discordia, una nueva ba-

rrera á las tendencias hacia la unidad. Descontenta la Iglesia de Prusia de su sumisión á un estado protestante, dió pruebas de su falta de reconocimiento por un monarca tan piadoso como Federico Guillermo III, por los miramientos mostrados para enriquecer su clero, erigiendo iglesias y escuelas, y restableciendo los mayorazgos y otros derechos señoriales de la nobleza rhiniana y vestfaliana.

La muralla que había impedido toda aproximación entre las dos confesiones cristianas, había caído desde la paz de Westfalia, y la costumbre popular había introducido los matrimonios mixtos, sino con el consentimiento formal de la Iglesia, por lo menos sin oposición de su parte, de lo que había resultado

un derecho consuetudinario, en virtud del cual los niños seguían según su sexo, la creencia de los padres, allí en donde los contratos matrimoniales no contenían alguna expresa estipulación. Ese derecho consuetudinario había encontrado acceso en la legislación de varios países de población mixta, como respondiendo al principio de la igualdad civil.

En 1825, la ley prusiana, según la cual en los matrimonios mixtos todos los hijos debían ser educados en la religión del padre, cuando la voluntad de los padres no lo disponían de otra manera, se extendió igualmente á Westfalia y á la provincia del Rin.

Como era frecuente ver á protestantes de las an-



Dibujo de Schnorr

tiguas provincias casar con hijas católicas del país, mejor que no católicos con protestantes, el clero llegó á temer la decadencia de la Iglesia católica. Así los obispos del Rin pidieron instrucciones á Roma. Un breve del papa declaró los matrimonios mixtos ilícitos, pero válidos legalmente,—25 de Marzo de 1830,—y no autorizaba la bendición nupcial sino bajo la condición de que los cónyuges se comprometieran por adelantado á educar á todos sus hijos en la fe católica; en el caso contrario, podía el matrimonio tener lugar en presencia del sacerdote, pero sin consagración alguna religiosa. Por medio de negociaciones con el obispado rhiniano, consiguió empero el gobierno prusiano, una moderación tácita del breve, y obtuvo la concesión, á saber: que la mayoría de los matrimonios mixtos fueran bendecidos sin condición alguna previa.

Prometiolo el obispo sufragáneo de Vischering, Clemente Droste, prelado ortodoxo riguroso, sometido á influencias ultramontanas, y prometiolo igual-

mente cuando su elevación á la silla episcopal de Colonia,—1836,—pero apenas tomó posesión de su dignidad, ordenó á su clero que mantuviera estrictamente la observancia del breve, y no cumpliera la ceremonia del matrimonio sino mediante el compromiso de educar á los hijos en la religión católica. Las sugerencias del confesional inculcaron á las mujeres la necesidad de la bendición para la validez de su matrimonio y la salvación de su alma, turbando de esta suerte las conciencias. Al mismo tiempo el arzobispo se dejó arrastrar por su camarilla contra la secta de los Hermesianos. En vano el gobierno prusiano recordó al arzobispo la promesa y amenazó con destituirle; él persistió en su manera de ver. Entonces fué de improviso arrestado,—20 de Noviembre de 1837,—y conducido á la fortaleza de Minden, «por haber faltado á su palabra, destruido las leyes y excitado las pasiones bajo la influencia de los partidos revolucionarios.» Esta fué la señal de una querrela violenta entre el gobierno prusiano